

Hablemos de desigualdad. Trabajo y condiciones de vida en el periurbano hortícola platense desde una perspectiva de género

Soledad Lemmi

Luciana Muscio

Introducción

Quienes venimos interactuando hace tiempo con las familias de pequeños productores hortícolas conocemos las condiciones de precariedad y vulnerabilidad social en que viven, y la necesidad urgente de políticas que apunten a mejorar dicha situación. Por causa de las emergencias climáticas, la asistencia pública debe considerar como ejes centrales de la problemática a las estructuras para la producción: invernáculos, electricidad y provisión de agua (Herrera, Gómez, Córdoba y Muscio, 2019). Sin embargo, no hay que destapar nada oculto para encontrarnos frente a una emergencia habitacional y sanitaria que requiere acciones urgentes, solo hace falta mirar hacia las viviendas y escuchar a las mujeres.

La producción hortícola de la ciudad de La Plata (provincia de Buenos Aires, Argentina) es la más importante del país; es fuente de abastecimiento de verduras de más de la mitad de la población (Viteri, Ghezán e Iglesias, 2013). Por muchos años (1940-1990), la producción fue llevada adelante por familias migrantes italianas, españolas y portuguesas, para ser continuada luego por sus descendientes ya ar-

gentines. A partir de la década del ochenta, pero fuertemente desde la década del noventa del siglo pasado, quienes se encargan de producir el mayor porcentaje de hortalizas son familias migrantes de origen boliviano. Les integrantes de estas familias provienen mayoritariamente del sur de Bolivia: Tarija, Cochabamba, Chuquisaca y Sucre. También les hay, pero en menor medida, paceños y potosinos. Mayoritariamente hablan español, algunos también quechua, aymara o guaraní (Lemmi y García, 2017; Lemmi y Waisman, 2021).

Nuestro intercambio a lo largo de los años con las familias de pequeños productoras y, sobre todo, con sus integrantes mujeres nos permitió reflexionar junto a ellas sobre el desarrollo de las tareas domésticas y de cuidado de niños, adultos mayores, así como también de adultos varones que no requieren ser cuidados pero que de todas maneras lo son (Insaurrealde y Lemmi, 2019). En estos diálogos, las mujeres productoras dieron cuenta de realizar casi con exclusividad los trabajos domésticos y de cuidado. Son ellas quienes cocinan, lavan y arreglan la ropa, limpian la casa, bañan a los menores del hogar, realizan casi todas las compras, llevan a sus hijos al médico, les ayudan con las tareas escolares, cuidan de ellos cuando no están en el jardín o la escuela, les acompañan a realizar actividades extraescolares, acuden a la escuela cuando hay que inscribirlos o asistir a alguna reunión. Realizan todas estas tareas a la par que trabajan junto al varón en la producción hortícola (Insaurrealde y Lemmi, 2020; Insaurrealde, Lemmi, Lemmi, Remorino y Velazco, 2019). Esta realidad se intensificó en tiempos de pandemia, cuando los niños dejaron de asistir a la escuela y sus tareas pasaron a la virtualidad. A su vez, la obligación de permanecer todo el día en casa incrementó su necesidad de cuidado. Fueron las madres quienes se encargaron de acompañar y gestionar la continuidad escolar con los escasos recursos tecnológicos y el reducido acceso a la conectividad con que cuentan (Moretto, Galina Rubinstein y Nieto, 2020). De la situación descrita se deriva que la posibilidad de acceder a bienes y servicios básicos de uso cotidiano y las condi-

ciones de vida que de su presencia o ausencia se desprenden afectan primordialmente a las mujeres, mejor dicho, al trabajo que realizan las mujeres (Falú, Moncada y Ponce, 1998).

En este capítulo nos proponemos analizar el papel de las tareas domésticas y de cuidado en la reproducción de la vida y de la fuerza de trabajo en el sistema capitalista desde la perspectiva de las mujeres productoras. Nos detendremos en aquellos aspectos fundamentales para la reproducción de la vida como lo son la preparación de los alimentos, el aseo personal de les adultes y menores, las formas de trasladarse, la realización de las tareas de limpieza cotidianas, así como el cuidado personal y corporal de las mujeres en el marco del sistema capitalista, patriarcal y colonial en el que vivimos (Federici, 2018; Rivera Cusicanqui, 1997).

Para realizar esta investigación adoptamos un enfoque sociohistórico etnográfico (Achilli, 2005; Rockwell, 2009), sostenido en nuestro trabajo como investigadoras, extensionistas y militantes territoriales entre los años 2016 y 2021. Este triple rol nos permitió visitar en numerosas ocasiones los hogares de las familias productoras, así como sostener con las mujeres charlas extensas y profundas sobre sus trayectorias migratorias, condiciones de vida y trabajo, sentires y pesares. En esos encuentros realizamos observación participante en las labores productivas y en las tareas domésticas; preparamos alimentos junto a ellas y compartimos por momentos el cuidado de les niños. También participamos de talleres realizados con las mujeres en el marco de la militancia en el territorio. Allí abordamos temas diversos de nuestra condición de género, entre ellos los que remiten a las tareas de reproducción de la vida, el cuidado y la salud. Por último, para sistematizar dichos saberes realizamos entrevistas semiestructuradas a mujeres productoras en el año 2021,¹ quienes nos ayudaron a darle cierto orden

¹ Los nombres de las entrevistadas fueron modificados a fin de preservar su identidad.

a los registros que poseíamos y nos brindaron información particular a partir de lo vivido por ellas.

Es desde este lugar de mujeres trabajadoras, extensionistas y militantes que deseamos poner a jugar en este escrito nuestro lugar de enunciación (Spivak, 2002). Nos proponemos reconstruir los diferentes diálogos que entablamos con las productoras, los cuales nos habilitan, lejos de cualquier intento de ventriloquía, a narrar desde una perspectiva de género compartida los avatares que atravesamos las mujeres, en especial las productoras, al momento del trabajo doméstico y de cuidado en condiciones de precariedad (Bidaseca, 2010).

Sobre las condiciones de vida de las familias de pequeños productoris hortícolas en el periurbano del Gran La Plata

Los estudios sobre la pobreza tienen una larga trayectoria basada en medir la realidad económica y habitacional de las familias. Entre ellos, tienen gran relevancia, tanto para los estudios académicos como las estadísticas nacionales, aquellos centrados en las condiciones de vida. Esta es la base material sobre la cual se reproduce la vida cotidiana de las familias. Los análisis de las condiciones de vida se centran en aspectos económicos vinculados al consumo para la satisfacción de necesidades. Estos parámetros dependen del nivel de desarrollo de un país y de su cultura, para llegar a lo que se considera socialmente como necesidades básicas. Estos parámetros, además, van variando en el tiempo conforme cambian los patrones de consumo (Alarcón, 2001).

Para el caso del Gran La Plata, donde se ubica la producción hortícola, contamos con los datos sobre indicadores de condiciones de vida de hogares, que el INDEC releva en la Encuesta Permanente de Hogares (INDEC-EPH, 2021), herramienta principal con la cual el Estado argentino mide las condiciones de vida de la población. A su vez, con base en esta información, la Dirección de Estadísticas de la Provincia de Buenos Aires elabora un informe para los seis aglomerados urba-

nos de la provincia, dentro de los cuales se encuentra el Gran La Plata. Es necesario tener en cuenta que la definición de ruralidad elaborada por el INDEC no incluye a la producción periurbana, ya que la considera dentro de la urbanidad. Ello además deja afuera a estas zonas del relevamiento de los Censos Nacionales Agropecuarios, por lo cual la EPH termina siendo, con grandes limitaciones, la única fuente de información actualizada.²

La presentación de los datos de la EPH de manera agregada no nos permite diferenciar nuestra zona de estudio. Sin embargo, si analizamos las variables que incluye para considerar los hogares pobres desde las condiciones habitacionales, encontramos que la comparación de las características generales de los hogares de las familias de pequeños productores hortícolas se encuentra representada en la mayoría de las variables vinculadas a hogares en situación de pobreza.³

Una mirada complementaria útil a nuestro análisis es aquella que aborda la pobreza energética “entendida como la imposibilidad de los hogares de consumir un nivel adecuado de energía para satisfacer sus necesidades fundamentales a través de tecnologías modernas” (Castelao Caruana y Méndez, 2019, p. 134). Esta carencia afecta diferencialmente a las mujeres en el desarrollo cotidiano de sus tareas de cuidado y gestión del hogar, como “la recolección y/o compra de

² La última fuente de información específica del sector es el Censo Hortiflorícola de la Provincia de Buenos Aires 2005, donde se abordan variables fundamentalmente productivas.

³ La EPH toma las características habitacionales de los hogares (INDEC-EPH, 2014), considerando la calidad de los materiales de la vivienda, indicadores de saneamiento y disponibilidad de agua, las características del baño, los niveles de hacinamiento y el combustible utilizado para cocinar. La comparación entre las variables relevadas en la EPH y el análisis presentado en el apartado siguiente nos indica que, en lo que hace a las condiciones habitacionales de las familias de pequeños productores hortícolas platenses, se encuentran entre los criterios más bajos de acceso a condiciones dignas de hábitat, en consonancia con las características de los hogares pobres de la Argentina.

leña o combustible líquido para cocinar y calefaccionar la vivienda, el lavado manual de ropa, la recolección de agua, entre otras actividades domésticas” (ECOWAS, 2015). Estas tareas son derivadas de la condición de pobreza energética en la que se encuentran los hogares, “que impacta en el bienestar físico de las personas y en su capacidad de desarrollar una vida plena” (Castelao Caruana y Méndez, 2019, p. 134). Esto quiere decir que, si a la medición de pobreza según condiciones habitacionales le sumamos el concepto de pobreza energética y lo comparamos con las tareas cotidianas de las mujeres hortícolas, nos encontramos con familias de pequeños productores hortícolas que, en el área más capitalizada y productiva de la Argentina, viven en condiciones de vulnerabilidad social.

Sin embargo, al reflexionar sobre la pobreza en entornos rurales, las formas de identificarla se vuelven problemáticas (Blanco, Alegre y Jiménez, 2010). Uno de los problemas es que ciertos servicios considerados básicos en los entornos urbanos (ya sea que sus habitantes se encuentren vulnerados socialmente o no) son de difícil acceso en los entornos rurales, más allá de la posición social que ocupen los habitantes del campo. Ejemplos de ello son el tendido de luz eléctrica, el gas natural, el acceso al agua corriente y potable, el sistema de cloacas, internet, calles de acceso asfaltadas, recolección de residuos, etc. Esta dificultad de caracterización se vuelve aún más problemática si ponemos la lupa en los territorios conceptualizados como periurbanos o rururbanos (Berardo, 2019). Allí, la cercanía espacial respecto de los servicios considerados básicos es mayor, aunque esto no quita que el acceso a los mismos sea dificultoso.

Estudios realizados por otros investigadores dan cuenta del avance en los últimos diez años de la construcción de viviendas residenciales sobre territorios periurbanos en la ciudad de La Plata, tierras que originariamente se dedicaban a la producción de hortalizas o pastoreo. Asimismo, dichos estudios muestran que esta expansión fue llevada adelante por sectores de la clase media a partir de créditos otorgados

por el Estado para tal fin. Los trabajos destacan que el hecho de que estas tierras no tuvieran servicios, como gas natural, cloacas, tendido de luz eléctrica ni agua corriente no fue un impedimento para que les adjudicatarios de dichos planes de vivienda descartaran las locaciones donde construir. Muy por el contrario, fueron los propios beneficiarios quienes se encargaron de manera colectiva de gestionar el tendido de la luz de manera segura hasta los terrenos, la demarcación y armado de las calles, la construcción de sus pozos ciegos, las perforaciones para alcanzar el agua potable y múltiples formas de calefacción y uso de la energía para preparar alimentos (Ventura, 2020).

Estos estudios dan cuenta entonces de que los terrenos donde se construye la vivienda pueden no tener servicios que son considerados básicos, sin embargo, la resolución de ese problema se realiza rápidamente con dinero y acceso a la propiedad de la tierra. Aquellos sectores que poseen el capital suficiente para adquirir un terreno y construir casas de material guardan en sus viviendas condiciones de vida que se asemejan a las de la clase media urbana, y que se alejan de las de los sectores desaventajados socioeconómicamente. Esto nos lleva a pensar que, en inicio, vivir en una zona rural o periurbana de por sí no supone malas condiciones de vida, ni que sus habitantes puedan homogéneamente caracterizarse como desaventajados socioeconómicamente. Entonces, podemos ver que en el periurbano de la ciudad de La Plata existen situaciones de desigualdad social: hay sujetos aventajados y desaventajados que, en función del capital que poseen y sus posibilidades estructurales, hacen frente a las restricciones del entorno de manera diferencial (Blanco et al., 2010).

La casa, en la precariedad permanente

Tal como explicitamos en el apartado anterior, si bien las familias de pequeños productores hortícolas pueden contabilizarse dentro del conjunto de los hogares pobres de la Argentina, hay condiciones del modelo productivo que las somete a la precariedad permanente, sin

posibilidad de invertir, en caso de tener un excedente, para mejorar sus condiciones habitacionales. Ello marca una diferencia con otras familias que, aun en situación de pobreza, y que viven en terrenos en general ocupados, cedidos o con derecho de posesión, tienen cierta proyección que les permite, en la medida de sus escasas posibilidades, ir construyendo sus casas de material (Musante, 2020).

En cambio, en la horticultura, la situación de precariedad en la tenencia de la tierra lleva a que la gran mayoría de las familias sean inquilinas, lo que reduce sus posibilidades de decisión e inversión en las parcelas. Al mismo tiempo, las condiciones de los contratos de alquiler mayormente no proveen de casa a les arrendataries ni les permiten la construcción de infraestructura o, en caso de que lo hicieren, no se les reconoce la inversión. La consigna generalmente es que al dejar el predio “no debe quedar ni un palo”, por lo que sus posibilidades de mejorar sus condiciones de vida en sus hogares son reducidas (Merchán, 2016). Esto lleva a que la construcción se limite a casas de madera, chapa y nailon, fácilmente desmontables y trasladables, un pozo de agua con una bomba para la provisión de agua para consumo y riego, y un pozo ciego temporario para la evacuación de aguas negras. Las casas son levantadas y trasladadas por las mismas familias, poseen generalmente instalaciones de agua y electricidad provisorias y poco seguras, piso de tierra o carpeta de cemento, sin instalación de gas de red ni calefacción. Las instalaciones varían según el tiempo de permanencia de las familias en el lote y su nivel de capitalización, pero en general, como ya explicitamos, se alejan bastante del ideal de una vivienda en condiciones dignas.

Las casillas de madera tienen una superficie que ronda los 40 metros cuadrados aproximadamente; las hay más pequeñas y más grandes, algunas poseen divisiones internas que dan forma a más de un ambiente separando el espacio de la cocina y el comedor de las habitaciones. Los baños se encuentran afuera de la vivienda.

Los espacios se encuentran poco iluminados naturalmente, las ventanas son pequeñas y suelen permanecer cerradas, algunas poseen postigos y casi nunca hay vidrios, sino que se cubren con cortinas de tela. Sin embargo, al estar construidas con tirantes de madera que mayoritariamente no encastran a la perfección, en las viviendas se cuela entre las rendijas aire, viento y luz. Las puertas suelen estar abiertas y cubierto el espacio con una cortina de tela; esto evita que se pueda ver hacia adentro y le otorga cierta intimidad a la familia. En el interior de los hogares la iluminación también es precaria: las conexiones eléctricas no poseen protección ni llave térmica. Cuelga del techo un único portalámpara con un único foco por ambiente, en general no hay lámparas decorativas o refuerzos de varias luces que mejoren la visibilidad.

Mayoritariamente las puertas de las casas dan directo al aire libre, sin techos que protejan la entrada y salida, y sin veredas que cubran la tierra del patio. En algunas ocasiones construyen una pequeña galería que oficia de alero protector de la lluvia, el viento y el sol. Usualmente construyen una veredita de piedras o baldosas rotas apoyadas en el piso exterior de la puerta, para poder entrar y salir sin pisar directamente la tierra o el barro si llovió. A veces esa veredita se extiende hasta la entrada del baño, que se encuentra más o menos cerca de la casa, pero siempre fuera, para hacer más transitable ese recorrido.

Las particularidades que poseen estas construcciones, sin aislación térmica ni espesor en sus paredes, lleva a que el frío en invierno y el calor en verano se sientan con crudeza. En el periurbano de la ciudad de La Plata la temperatura en verano puede alcanzar hasta 40 grados y en invierno 5 grados, incluso menos. Los techos de chapa no llegan a aislar del frío y en verano aumentan el calor, así como las grietas de las paredes de madera dejan pasar vientos fríos en invierno. El piso de tierra o el alisado de cemento, cuando lo hay, no ayuda a regular o contener la temperatura. La calefacción en invierno es muy precaria; no poseen gas natural, por lo que, en el mejor de los casos,

suelen tener pantallas conectadas a garrafas, o estufas eléctricas, aunque mayoritariamente la calefacción se realiza con braceros que, junto con el calor, llenan el ambiente de humo.

Cuando las familias productoras acceden a un nuevo alquiler, pueden encontrar pozos de agua ya disponibles; en caso contrario, deben realizarlos ellas mismas al llegar. Si los pozos ya están hechos, deben comprobar el estado del agua para saber si poseen la profundidad o la protección que corresponde para que el agua sea potable para consumo o sirva solo para riego. Si la realización del pozo queda en manos de las familias arrendatarias, estas deberán contar con el dinero suficiente para hacerlo a una profundidad segura, ya que las perforaciones suelen ser muy costosas. De lo contrario, deberán potabilizar el agua para consumo una vez extraída.

Lo mismo sucede con los pozos ciegos, en los que se acumulan las aguas provenientes del baño. Generalmente no guardan las normas de seguridad sanitaria, son realizados sin la protección para evitar desmoronamiento (encamisado) ni la profundidad adecuada para no contaminar el agua de las napas subterráneas. Esta situación dificulta el vaciado de los mismos por parte de los camiones atmosféricos para su desagote y hace que muchas veces sus propietarios decidan no prestar el servicio.

Estas condiciones de vida son compartidas por el conjunto de la familia productora, sin embargo, en este trabajo mostraremos cómo afectan particularmente a las mujeres, ya que son ellas quienes realizan con exclusividad las tareas reproductivas, lo que las convierte en un eslabón más de la cadena de reproducción de las prácticas patriarcales (Ginés, 2007; Calero, Dellavalle y Zanino, 2015). Nuestra propuesta consiste en presentar las condiciones en que las mujeres horticultoras realizan el trabajo doméstico, reproductivo y de cuidado en situación de precariedad habitacional. Para ello, partimos de sus propias experiencias con el objetivo de recuperar sus voces e indagar en sus formas de vida.

Vivir en el periurbano hortícola. La cotidianidad desde la perspectiva de las mujeres productoras

Las condiciones del trabajo doméstico y de cuidado y su carga sobre las mujeres

En la historiografía y la sociología del trabajo se encuentran escritas numerosas investigaciones que analizan las condiciones laborales de la clase obrera argentina, condiciones que varían según la coyuntura histórica y las múltiples variables que la construyen. Sin embargo, acerca de las condiciones laborales en que las mujeres realizan las tareas de reproducción de la vida intrafamiliar existe poca producción académica. Recientemente se publicaron los datos del informe que da cuenta de las condiciones de trabajo, ingresos y principales características de las trabajadoras que prestan servicio doméstico en hogares particulares (Shokida et al., 2021). Sin embargo, aquí nos proponemos desentrañar ese mundo en el que lo doméstico y lo productivo están juntos, y en el que la trabajadora circula sin distinción entre ambos espacios en condiciones de extrema vulnerabilidad.

Hace 40 años que en el mundo académico europeo se viene pensando y escribiendo sobre el trabajo doméstico y de cuidado. Sin embargo, estas reflexiones han llegado con fuerza a Latinoamérica en los últimos dos lustros. Según la literatura especializada, trabajo doméstico y de cuidado guardan similitudes, aunque no son lo mismo. La segunda categoría incorpora al análisis de las tareas realizadas el carácter relacional, afectivo y emocional que tales trabajos requieren (Batthyány, 2020). Implica, en sentido teórico general, la producción de bienestar físico y emocional de las personas según sus necesidades (Mascheroni Laport, 2021). Quienes vienen estudiando las tareas de cuidado hace ya largos años nos advierten de la complejidad que acarrea poder reconstruir las relaciones y afectividades que se ponen en juego al momento de cuidar, las cuales tienen como escenario privilegiado el espacio de lo íntimo. También nos alertan respecto de afinar la

mirada para comprender dichas acciones desde una perspectiva interseccional que incorpore con fuerza las dimensiones multi- e intercultural. Cada cultura entiende por *cuidado* aspectos diferentes de la vida social y relacional que, asimismo, acarrear trabajos y actividades diferentes a nivel comunitario e individual (Esquivel, Faur y Jelin, 2012; Guerrero, Ramacciotti y Zangaro, 2019; Anderson, 2020). Atentas a estas sugerencias, nos proponemos reconstruir aquí los trabajos reproductivos y de cuidado que las productoras hortícolas realizan situando dichas actividades en sus entornos productivos particulares, en su residencia periurbana, en su identidad migrante y campesina boliviana, así como en su condición de clase.

¿Qué comemos hoy? El arte de hacer lo imprescindible con lo disponible

Una de las acciones más importantes para la humanidad es la alimentación. Sería una verdad de Perogrullo decir que todo ser humano necesita alimentarse para vivir. A esta altura del siglo XXI, también debería ser una obviedad decir que somos las mujeres, en todas las clases sociales –en parte por condiciones fisiológicas propias de la maternidad y sobre todo por motivos culturales– las encargadas del planeamiento y/o realización de las comidas diarias (Franco Patiño, 2010; Calero et al., 2015; Gracia Arnaiz, 2014). Analizar las condiciones en que realizamos este trabajo diario es de vital importancia para dar cuenta, una vez más, de las situaciones de desigualdad e injusticia que nos atraviesan a todas en general y en particular a las productoras hortícolas. A partir del diálogo y de compartir la realización de algunos trabajos domésticos junto a ellas, pudimos reconstruir cómo es un día de trabajo en la cocina y cómo las condiciones en que realizan la tarea vuelven aún más laboriosa a una actividad que ya lo es de por sí.

En inicio, pensar “qué comemos hoy” es todo un trabajo. A esto hay que sumarle que los hogares de las productoras no disponen de almacenes o supermercados cerca, por lo que se deben planificar las

compras, *stockearse* y arreglarse con lo que poseen en la casa. Esto restringe las posibilidades de resolver la tarea fácilmente, ya que, de faltar algún componente para la comida –una situación de lo más habitual–, tendrán que disponer de tiempo y vehículo para llegar hasta el comercio más cercano. La alternativa a esa situación es pensar con anticipación (una habilidad que las mujeres adquirimos a través de los años) el menú para disponer a tiempo de los ingredientes necesarios. Asimismo, al provenir de Bolivia, las costumbres alimenticias varían, por lo que adaptarse a las disponibilidades de alimentos en Argentina, y particularmente en La Plata, llevará todo un tiempo (Bartoli, 2021). Cocinar con nuevos ingredientes o intentar conseguir los mismos que en Bolivia, donde la base de la alimentación de los sectores populares se compone de carbohidratos y proteínas, será todo un proceso de aprendizaje. A esto se suma la planificación de una comida familiar con poco dinero o con interés por gastar lo menos posible. Ello las deja fuera de las nuevas tendencias en el mundo de la alimentación, con la aparición de los llamados “alimentos-servicio”, es decir, aquellos que por sus características preelaboradas son ahorradores de tiempo y trabajo, pero que en Argentina tienen un alto costo. Al mismo tiempo, tampoco tienen acceso a las innovaciones tecnológicas o a la incorporación de electrodomésticos en cantidades significativas como para reducir la carga del trabajo (Gracia Arnaiz, 2014), lo que es un factor más de su pobreza energética. Podemos decir entonces que solo el hecho de pensar qué comer con lo que hay es para la mujer productora todo un trabajo extra.

Una vez resuelto esto, nos encontramos con las condiciones en que estas mujeres cocinan. En la mayoría de los casos utilizan fogones realizados con garrafas viejas o simplemente arman el fuego en el piso fuera de la casilla, con una parrilla de soporte:

Todos los días mi mamá nos levantaba temprano, prendía fuego, teníamos pavita negra, ollita (...) Era difícil porque mi hermano era más chiquito, él quería té y hay que prender el fuego, y a veces

cuando había viento no podías prender, se lo llevaba el viento pa quí, pa allá (...) el fuego sí en el piso, después hicimos un bracerito. En el fuego poníamos unos ladrillos, cruzábamos unos palos, poníamos la olla en el medio (Entrevista a Adriana, 20/09/21).

Como leña utilizan la madera que descartan de los invernaderos y cajones viejos:

Conseguimos leña del recambio de los techos de los invernaderos (...) y eso lo reutilizamos, o si no, los camioneros traen jaulas que ya se están rompiendo y las utilizamos (...) todo lo que se pueda poner al fuego lo usamos (Entrevista a Silvia, 15/09/21).

Las cocinas a gas, que siempre es envasado, son poco frecuentes o su uso es restringido a determinadas comidas con los fines de ahorrar. También destacaban la importancia de que la madera esté seca, en una zona como La Plata, caracterizada por la humedad y la regularidad de las lluvias:

No era nada cuando era lindo día, porque la leña está seca, a veces de noche llueve desprevenido. A veces vienen esas tormentas que no podés ni salir y te mojaba todo... (Entrevista a Rosa, 20/09/21).

No solo es indispensable tener leña seca, sino que esta debe ser del tamaño adecuado. La forma habitual de cortar los trozos de madera es con el pie, pisando la tira y doblándola con la mano o apoyándola en un poste del invernáculo o tronco de árbol. Para partirla se le da una patada en la mitad, que debe ser precisa, un golpe seco y fuerte no siempre fácil de realizar sin lastimarse los pies [en general en ojotas] o las piernas. Los trozos más pequeños pueden romperse con la mano a riesgo de astillarse (Observación participante, marzo 2018).

En ocasiones cocinan también en el horno a leña:

Las tortas para los cumpleaños las hago en el horno [refiere al horno a gas envasado]. Si tengo que hacer algo casero, lo hago en el

horno a leña, y lo hago cuando tengo un poco de tiempo: un pan, unas galletitas, pepitas, una pastafrola. Sale bien solo que hay que medir la temperatura, que no esté tan fuerte el calor. Hay que estar bastante tiempo ahí, hay que calentarlo aproximadamente una hora y después mientras va calentando preparar la masa (Entrevista a Silvia, 15/09/21).

También en el fogón se debe manejar la temperatura para que la olla no desborde si se está cocinando con algún líquido, o manejar el aceite si se está friendo o salteando alguna comida en la sartén. Para ello van acomodando, poniendo y sacando trozos de madera, los cambian de lugar o avivan el fuego, muchas veces al mismo tiempo que revuelven el líquido o la comida en la olla o la sartén. También tienen que evitar que el hollín y la ceniza del fuego se pose sobre el alimento. La pericia con que realizan esta actividad multifacética es loable (Observación participante y conversaciones informales, marzo 2018).

Aquellas mujeres que logran tener hornallas o cocina a gas también cuentan sobre las dificultades que esto trae. Por un lado, el costo del gas envasado, que obliga a regular su uso, y al mismo tiempo la dificultad que implica proveerse de la garrafa, que no siempre se encuentra en los comercios cercanos, por lo que hay que trasladarse en bicicleta o moto.

Ya prendido el fogón o el horno de leña se pasa al momento del preparado de los alimentos. La mayoría de las productoras no poseen mesada, por lo que picar, cortar, empanar, abrir una lata, etc. se realiza sobre una mesa que suele encontrarse cercana al fogón, afuera, o a la hornalla, adentro:

Acá casi no tengo mucho espacio...tengo una mesa chiquitita al par de mi cocina y tengo una tablita de cortar verduras y ahí todo hago, después cuando tengo que hacer pan lo preparo en la mesa y ahí lo voy poniendo en las cositas o directamente a las latas (Entrevista a Silvia, 15/09/21).

Lo elaborado se traslada en una tabla, olla o asadera hasta donde está la olla o sartén. Si están afuera, hay que esquivar animales o niños que suelen interponerse en el camino y agacharse hasta el fogón, que se encuentra al ras del piso, para verter los alimentos para su cocción. Si el fogón es grande, se puede cocinar con dos ollas al mismo tiempo, si no, solo con una, por lo que la logística para producir los platos se encuentra estructurada en diferentes momentos de elaboración. Esto insume una importante cantidad de tiempo y requiere de atención extra para evitar los errores o el olvido de algo, ya que no se dispone de espacio, utensilios o fuentes de calor para poder permitirse esos deslices (Observación participante y conversaciones informales, marzo 2018). En este sentido, las productoras destacan la enorme facilidad que implica para ellas contar con una cocina con hornallas, aunque esta sea alimentada a gas envasado:

me había regalado mi suegro una cocina de cuatro hornallas, con su hornito, yo chocha (risas) (...) yo estaba re cómoda porque la cocina de cuatro hornallas tenés cuatro hornallas, el fuego no (Entrevista a Adriana, 20/09/21).

En algunos casos, al no tener horno a gas utilizan ollas de gran espesor que les permiten someterlas a las altas temperaturas del fogón y hacer tortas o comidas que requieren entorno cerrado. En ese sentido, es común que se organicen encuentros de la marca de ollas Essen, donde otras productoras que se dedican a su comercialización las ofrecen en venta y se pueden pagar en numerosas cuotas (Observación participante y conversaciones informales, octubre 2017). Estas ollas, que suelen ser un anhelo de las mujeres de clase trabajadora y clase media, se convierten en una inversión necesaria y vital para las productoras que no poseen horno a gas.

Para terminar, la etapa del lavado de la vajilla no es menos engorrosa. Al no poseer agua corriente ni bachas con mesada, y en algunos casos tampoco canillas dentro de las casas, el proceso de

lavado se realiza afuera en dos palanganas, una para enjabonar y otra para enjuagar.

Sin embargo, hay casos en que se mejoraron las condiciones para la limpieza, aunque de una manera precaria que compromete la salubridad, ya que las instalaciones no tienen tratamiento de aguas grises:

Antes lavaba en un fuentón, que me costaba un montón sacar el agua afuera; era un lío porque hacía frío, está lloviendo y tenía que sacar afuera el agua, y llegué a comprarme una bachicita de plástico, la acomode ahí adentro y saqué el caño para afuera, y entonces eso me arregla ahí (Entrevista a Silvia, 15/09/21).

Baño y ducha, lejos de la intimidad y el placer

En el imaginario urbano, cuando pensamos en el baño y la ducha, lo encontramos asociado a momentos de intimidad y placer, acompañados de confort y consumo de productos para el aseo y la belleza. La industria química nos invade con imágenes que nos venden baños pulcros y aromatizados e infinidad de productos para la ducha. Ahora bien, ¿qué sucede cuando estas necesidades básicas del cuerpo son realizadas bajo condiciones de precariedad?

Alejado de la casa, el baño suele ser un pequeño espacio construido de madera y nailon. Cuenta únicamente con un inodoro o letrina, muchas veces sin descarga de agua, por lo que se utiliza un balde o tacho para el escurrimiento de las deposiciones. El cerramiento en algunos casos es una cortina, y su piso de cemento es precario. Suele ser además un espacio compartido por más de una familia. En este estado de situación, las condiciones sanitarias y de higiene son precarias, y esto tiene consecuencias que son diferencialmente padecidas por las mujeres y les niñas:

Hace mucho estaba en una quinta que éramos muchos y compartimos el baño y era un lío, a mí me agarró infección urinaria, entonces me hago un baño sola y no comparto con nadie. Mantenían muy sucio el baño, por eso (Entrevista a Silvia, 15/09/21).

Las mujeres padecen más intensamente las condiciones de los baños, por ejemplo, en su período menstrual o en estado gestante, cuando las necesidades de un baño cercano, higiénico y con privacidad se potencian (UNICEF y OMS, 2018). Al mismo tiempo, en la asignación de tareas bajo el sistema patriarcal, la limpieza de estos espacios les es asignada exclusivamente a ellas, aun en el caso de baños comunitarios. Esto implica un trabajo desagradable, dado el estado de suciedad al que suelen llegar, lo cual los convierte además en un posible frente de conflicto entre mujeres:

Las chicas no me hablan [se refiere a sus cuñadas con quienes comparte el predio productivo]. Estamos peleadas, porque acá yo soy patrona de ellas, y les dije que limpien el baño y no quieren. Es que está muy sucio, muy feo todo. Yo ya fui, con guantes todo, tiré lavandina. Es el turno de ellas, pero no quieren, no me hacen caso, y bueno, peleamos (conversación informal, agosto 2018).

La distancia a la casa también es una dificultad, en particular en épocas de lluvia, cuando toda la vida en la quinta se trastoca, volviéndose aún más hostil:

A veces vienen esas tormentas que no podés ni salir y te mojaba todo... era complicado, metíamos un tachito para hacer pis, para no mojarnos, y así... (Entrevista a Rosa, 20/09/21).

El aseo del cuerpo es otro aspecto de la cotidianeidad que se realiza con dificultad y carencias, muy lejos de la ducha caliente. El cuarto de bañado consiste en un espacio reducido de madera y nailon, con una cortina de tela o similar. El agua se calienta en fogón o brasero y se traslada en balde. El acto de aseo se realiza con un jarrito. Esta tarea reviste tiempo, por lo cual la regularidad se reduce en relación a las pautas culturales urbanas, y se interrumpe en épocas de lluvia:

En ese tiempo casi no se bañan los chicos, porque hace frío, y aparte a veces cuando llueve mucho no hay leña y no podemos calentar (Entrevista a Silvia, 15/09/21).

Estas condiciones son registradas como indignas por algunas mujeres, quienes buscan estrategias para asemejar su situación a las condiciones básicas de habitabilidad:

Yo me hacía una ducha ahí donde está el motor, ahí hay un cuadrado y me ponía una cortina y la regadera arriba (risas) y decía “por lo menos tengo una ducha”, en verano. Yo tenía esa locura de tener una ducha siempre arriba mío, y ya me cansaba de bañarme con el baldecito cuando era más adolescente (Entrevista a Rosa, 20/09/21).

El caso de una familia productora que ha podido acceder a la compra de un terreno en la zona urbana y construirse una casa de material marca la diferencia entre la experiencia en la quinta y el acceso a condiciones básicas de infraestructura:

El baño está bueno también porque es más cómodo [se refiere al baño en la casa de material]. Ahora ya tengo el termotanque, es pero un rato que caliente, me llevo mi ropita, me baño feliz y ya está. En cambio, en el campo no: primero tenés que prender el fuego, esperar que caliente (tono de cansancio). Después de ahí tenés que llevar como te gusta el agua, tocar como te gusta, si está muy caliente o muy fría, porque a veces está muy caliente y tenés que volver a ponerte la ropa y salir a buscar agua fría (Entrevista a Adriana, 20/09/21).

Este caso nos refleja también el tiempo de trabajo que dedican muchas mujeres a las tareas de cuidado de los niños, entre las cuales el baño es una central:

Yo a mis hijas las bañaba en el invernadero, llevaba todo, ¡un trabajo!, pero todo para que no se me resfríen, porque allá adentro

está más calentito y el pelo también se les secaba enseguida, peinando y peinando ya se les secaba el pelo ahí adentro. ¡Pero era un trabajo!, llevar el agua, el agua fría, el agua caliente, las toallas, por ahí en el invernadero que es tierra se te cayó una media blanca, a lavar, o las toallas. Se te cayó sin querer. La apoyaba en las jaulas, cajones, los apilaba como una cama y ahí les tendía a mis hijos, a los tres. Con tachito, tenía una de esas palanganas grandotas, ahí le sentaba y ellos ahí, feliz, disfrutando. Yo los bañaba y después última me bañaba yo, última siempre (ríe) (Entrevista a Adriana, 20/09/21).

Esta tarea de cuidado es asumida por las mujeres, así como la prevención de enfermedades:

–¿Y la cintura cómo te quedaba?

–Hecha mierda, re cansada, el otro [refiere al marido] se iba a jugar al fútbol y me decía “¿de qué estás cansada?”, “¿¡qué de qué estoy cansada!?” (indignada) de llevar agua, de llevar la ropa, de estar transpirando, y las otras disfrutaban su ducha en el agua, todo para que no se me enfermen... porque enfermarse era venir de allá, por ahí no llegas a tiempo, perdiste el turno, es un quilombo. Se enfermaban por el frío nomás, de un resfriado, por ahí no los abrigué bien, por ahí lo sacas con el pelito mojado (Entrevista a Adriana, 20/09/21).

En el relato de la productora se refleja la desatención de los varones y la diferencia en el uso del tiempo entre géneros. Otra cuestión importante a considerar en relación con el baño y la ducha es la intimidad, en particular en el caso de las niñas y adolescentes. La falta de instalaciones adecuadas, por ejemplo, puertas y trabas, genera condiciones propicias para el ejercicio de la violencia contra las mujeres. Esta situación es denunciada por las organizaciones del sector en las que el Área de Género ha ido ganando espacio:

Hay una preocupación por nuestras hijas, porque también ha pasado que hay fincas re grandes con un solo baño. Ocurren un montón de cosas: violaciones, otras cosas que nos han sucedido, por

eso tratamos de hacer doble baño (...) También hemos pensado en hacer baños separados para hombres y mujeres, también con la ducha (...) Nosotras tenemos el Área de Género y nos llaman, pasan un montón de cosas, nos llaman y porque el vecino le manoseó a la nena cuando estaba en el baño o porque estaba ebrio. Por eso es muy necesario y muy importante que cada familia tenga su propio baño o en todo caso hacer una separación de tres baños o dos de acuerdo a la familia, para que no ocurran este tipo de casos (Entrevista a Alicia, 02/11/2021).

La feminización de las tareas sociocomunitarias

Otro eje que nos interesa destacar son las tareas de cuidado sociocomunitario que realizan las productoras. En las organizaciones y movimientos de productoras que existen en el sector hortícola, son las mujeres quienes se encargan de gestionar los “merenderos” o “copas de leche”. Allí se juntan las productoras con sus hijes a preparar la merienda o comida, lo cual propicia, al mismo tiempo, un momento de encuentro y recreación para les niños. En este sentido, los lugares y momentos para la recreación de mujeres y niños/as en las quintas son prácticamente inexistentes, lo que es una preocupación para ellas. Muchas se asocian a los movimientos y organizaciones de productoras como una estrategia de reproducción más y, poco a poco, van construyendo sentidos respecto de su participación en dichos espacios, aunque esto no deja de implicar la adición de actividades, lo que termina por implicar una tercera jornada laboral. En este sentido, comenzar a participar de los espacios comunitarios nace como una estrategia para hacerle frente a las desigualdades, no solo en relación con las condiciones de vida más generales, sino también dentro de la propia familia.

“Con la bici los llevaba yo, con el auto él”. Del traslado y el machismo

Otra de las tareas de cuidado que demanda especial tiempo y atención e impacta fuertemente sobre las mujeres es el traslado. Por mu-

chos años, y con resabios que sobreviven hasta la actualidad, los autos y todo lo concerniente a ellos era “cosa de varones”. Los hombres eran los encargados de comprar y vender vehículos, manejar, cambiar las ruedas, ir al mecánico o incluso disfrutar el deporte asociado a ellos. En la actualidad, si bien algunas de estas prácticas han cambiado, puede verse cotidianamente en la calle que la mayoría de los vehículos que van con dos pasajeros de distinto género son manejados por los varones. Asimismo, si el auto es compartido por una pareja casada, de viajar juntas, el que se sienta al volante es el varón. También es común que, si en una pareja de novies el auto es de la mujer, cuando están juntas lo maneje el varón (Agencia Nacional de Seguridad Vial, 2022). No es casual que los gremios de los trabajadores camioneros, colectiveros y taxistas estén mayormente masculinizados. El sistema patriarcal en el que vivimos ha construido parte de la validación de la identidad de los varones cisheterosexuales (su masculinidad) alrededor de este objeto (Merlino, Martínez y Escanés, 2011).

Como ya explicitamos, las tareas de cuidado y reproducción de la vida en las familias productoras se encuentran en manos de las mujeres. Nos preguntamos entonces cómo se trasladan las mujeres para realizar las compras, llevar y traer a les niños de la escuela, realizar las consultas al médico, etc. Varios años de trabajo de campo compartido junto a ellas nos permitieron observar que la mayoría no sabe manejar, aunque muchas poseían autos en su familia. Este dato llevó a que desde las organizaciones de productores e incluso desde el INTA se soliciten, en el marco de diferentes proyectos, subsidios para financiar esta actividad en el periurbano hortícola: enseñarle a manejar a las productoras (conversaciones informales, febrero 2020).

Recientemente, en un encuentro de mujeres rurales organizado por un movimiento de productoras, uno de los talleres que se realizaron fue el de manejo. Allí se llevaron adelante actividades prácticas y teóricas con el fin de que las mujeres le perdieran el miedo y se familiarizaran

con la conducción (conversaciones informales con productoras pertenecientes del movimiento, 20/12/21).

Un dato importante a destacar es que las quintas quedan alejadas del centro de la ciudad, las escuelas en el periurbano son escasas, el transporte público de pasajeros posee poca frecuencia y las paradas suelen encontrarse a varias cuadras del hogar:

El micro entraba tres veces al día nada más, uno a la mañana a las siete, otro a la una y el último a las seis. Si perdiste el micro, chau, no va más, caminá, así nos pasaba, a veces nos dejaba, había que volver de vuelta acá a 170 y caminar, con ella (señala a su hermana sentada al lado), con mi hermana Vicky y el más chiquito, tenía que ir *caminaaando* y así. Ahí sufrimos (...) (Entrevista a Adriana, 20/09/21).

Para trasladarse, remís, casi no hay micros, o alguien que me lleve, ahora me lleva mi marido en auto. El auto nos cambió la vida, el fin de semana el remís es un lío total, te dice “te mandé un remís” y llega una hora tarde; estás desesperada que llegás tarde (Entrevista a Silvia, 15/09/21).

Las productoras no manejan, pero son quienes llevan a les niñas a la escuela y al médico. La pregunta es cómo lo hacen:

a la escuela 35 íbamos en bici, pedaleando con esas heladas que había. Yo iba a la escuela tres veces, a la mañana, al mediodía que entraba al jardín, y a la tarde a buscarlos, porque iban todo el día. Era un palito... (Entrevista a Adriana, 20/09/21).

Sufría mucho para ir a la escuela, porque acá no hay transporte público entonces tenía que esperar el remís y era un lío, y las maestras en la escuela. Todo putear todos los días (porque llegaba tarde), era un lío total y además económico me salía muchísimo el remís, cobra caro y tenía que viajar cuatro veces, ir volver, volver a ir volver; van a la mañana... (Entrevista a Silvia, 15/09/21).

Una vez que la familia accede a la compra del auto o la moto es el varón el encargado de los traslados, mientras que en la ausencia de vehículo automotor propio son las mujeres las que deben cargar con las múltiples idas y vueltas a la escuela o a los centros de salud, ya sea caminando, en transporte público y/o en bicicleta:

Una vez que compró la moto él se dedicó a llevar los chicos, traer y después compramos una combi, y ahí yo ya no iba a la escuela, se encargaba él; ahí ya paré de ir a la escuela (Entrevista a Adriana, 20/09/21).

Eso cambió [a partir del acceso al auto], puedo salir en hora, llevar en hora a los chicos a la escuela. Yo no manejo, pero estoy aprendiendo a manejar (...) a las 11 ya se va mi marido a buscar a los chicos y yo me quedo a preparar el almuerzo, ya para que cuando vuelvan ya esté todo medio cocinado porque la escuela está cerquita, están a 10, 15 minutos de ir y volver (Entrevista a Silvia, 15/09/21).

Asimismo, la jornada laboral en las quintas se corta desde el sábado al mediodía hasta el domingo a la misma hora. Ese momento de libertad es aprovechado por los varones para irse en sus autos a jugar al fútbol y luego salir con sus amigos hasta tarde. Las mujeres se quedan en la quinta al cuidado de los niños y haciendo los trabajos domésticos que no pudieron cumplimentar en la semana. Si ellas tienen alguna actividad recreativa o salen de compras el fin de semana, se movilizan junto a los niños más pequeños caminando, en colectivo o en remis (Observación participante, 02/05/2017). Vemos cómo el hecho de que las mujeres sean las encargadas de la totalidad de las tareas domésticas y de cuidado redonda en la imposibilidad de distinguir los tiempos de trabajo de los de ocio, por lo que no es posible para ellas disfrutar de un tiempo propio (Femenías y Soza Rossi, 2012).

En este sentido, el peso del imaginario cultural propio del sistema patriarcal, que indica que la mujer debe quedarse en la casa a realizar

exclusivamente las tareas de reproducción y cuidado del grupo familiar en su conjunto (Errázuriz, 2011; Franco Patiño, 2010), se contraponen, en el caso de la producción de hortalizas, con el hecho real de que las productoras deben realizar una triple jornada laboral. Es así como ellas son las principales afectadas por la pobreza de tiempo, en tanto registran una fuerte carga laboral a la vez que continúan siendo las principales cuidadoras en el hogar, lo que les impide disponer de tiempo para el ocio (Calero et al., 2015).

“¡Una semana completa de lluvia es horrible! ¡horrible!”.
Las tareas de limpieza cotidianas

En este apartado nos preguntamos cómo resulta para las productoras realizar las tareas que en apariencia serían más sencillas y sumamente cotidianas, como barrer y lavar los pisos, lavar la ropa, limpiar el baño, planchar:

Tenía una canilla afuera para lavar ropa, para lavar las cosas, había una canilla grande. La ropa la lavábamos a mano, con cepillito la mugre, y después secarlo. Yo recién compré mi lavarropas; hace tres meses atrás, todo a mano. Mis hijas, las chicas, dijeron: “Mamá todo el mundo tiene lavarropas y vos no tenés” (Entrevista a Adriana, 20/09/21).

Una de las actividades que realizan los sábados a la tarde es lavar la ropa de toda la familia, combinando lavado en lavarropas y a mano. Algunas mujeres tienen el clásico lavarropa semiautomático con paletas que requiere carga y desagote manual, por lo que deben estar pendientes del proceso todo el tiempo. Lo mismo sucede con el centrifugado; pocas productoras tienen lavarropas automático o secarropas, la mayoría escurre la ropa a mano y la cuelga. Hay que tener en cuenta que en las quintas los pisos son de tierra, hay árboles, animales, corrientes que levanta polvo, todo esto suma a que la ropa no solo se ensucie más durante su uso, sino que guarda más residuos de suciedad una vez lavada. En diferentes conversaciones informales las productoras

manifestaron quejas sobre esto y lo dificultoso de poder “tener la ropa bien limpita”.

Tal como ya dijimos, las mujeres productoras combinan el trabajo en la quinta con el trabajo doméstico, intercalándolo y asumiendo múltiples responsabilidades y preocupaciones al mismo tiempo:

Después que los chicos más grandes se van a la escuela casi no hago limpieza de la casa, muy rara vez lo hago, me voy directamente a trabajar a la quinta (...) y al mediodía almorzando ya ahí empezamos a arrinconar lo que hay que arrinconar adentro o tender las camas, lo que es limpiar el piso, todo eso. (...) Hay un solo placar, y meto todo ahí, como se puede. No plancho, a veces sí planchaba antes los guardapolvos, pero últimamente ya no (Entrevista a Silvia, 15/09/21).

Como el piso exterior a la casa es de tierra, mantener limpio el interior de la vivienda es costoso. Les niños entran y salen, a veces también perros o gatos arrastran tierra con ellos, y lo mismo ocurre con el viento cuando la puerta está abierta, que es la mayoría del tiempo. Si llueve, se llena todo de barro y la posibilidad de ensuciar el piso aumenta. Asimismo, como las casas no poseen agua corriente y tienen pocas canillas, la escasez de agua es un problema permanente. Se añade a ello que la mayoría de las veces el agua no es potable, por lo que deben sumar también el proceso de potabilización para consumo que requiere gran cantidad de tiempo:

Tengo un tanque porque en estas quintas no sale todo el tiempo el agua, entonces cada dos días se prende la bomba y tenés que recibirla en algo. Anteriormente la recibíamos a baldecitos, y el agua era *tooooo*, porque tenías que gastar de a gotitas porque si querías lavar de montón o querías lavar algo, limpiar algo, se te acaba el agua y te quedabas sin agua. Por eso llegué a comprarme un tanque, puedo agarrarme agua, me sirve para lavar los servicios, o para lavar alguna cosa, puedo gastar como quiero. Es agua fría,

todo agua fría. No tengo nada que se calefacciona con electricidad, nada de eso (Entrevista a Silvia, 15/09/21).

Por último, es necesario destacar que los días muy lluviosos –que en la ciudad de La Plata suelen acumularse y convertirse en temporadas de lluvia–, la vida en la quinta se complica para todos y para las mujeres, más. Las casas mayoritariamente no están elevadas del nivel del piso, por lo que el riesgo de que entre agua es permanente. Se añade el hecho de que se anula gran parte de su vida: se detiene el trabajo doméstico y, si es fin de semana, también las actividades recreativas en la quinta, que es donde se quedan las mujeres. El trabajo productivo puede seguir realizándose bajo invernadero. En estas ocasiones no se puede salir al patio, las casas se llenan de barro; si había algo limpio, deja de estarlo; les niños se quedan encerrados en las viviendas que no cuentan con comodidades para pasar allí mucho tiempo o deben acompañar a les adultes a los invernaderos:

¡Una semana completa de lluvia es horrible! ¡horrible!, porque el piso llueve y arriba llueve, no hay forma de mantener secas las cosas (...) esa semana no se baña, no hacemos nada, ¡nada! más que lavarse la cara porque no se puede hacer nada, ni lavar ropa, nada se puede hacer (Entrevista a Silvia, 15/09/21).

Reflexiones finales

En este trabajo nos propusimos analizar las condiciones de reproducción de la vida cotidiana de las familias productoras de hortalizas desde la perspectiva de las mujeres. Nos detuvimos en aquellos aspectos fundamentales para la reproducción de la vida como lo son las tareas de cuidado, y nos centramos en la preparación de los alimentos, el aseo personal de les adultes y les menores, las formas de trasladarse y la realización de las tareas de limpieza cotidianas.

Las actividades cotidianas para la reproducción de la vida familiar requieren de un esfuerzo extra de las mujeres productoras, ya que se descarga sobre ellas el peso de la desigualdad en las condiciones

de vida, en un sistema capitalista y patriarcal sumamente inequitativo. Los testimonios presentados muestran que las tareas cotidianas de reproducción de la vida en condiciones de vulnerabilidad insumen más tiempo que el habitual en condiciones no vulnerables. Esto resulta evidente en relación con las distintas tareas y rutinas cotidianas, como cocinar, bañarse, limpiar, trasladarse.

Asimismo, estas tareas son realizadas sin contar con las condiciones básicas necesarias, como tener agua corriente y potable, sistemas de saneamiento de aguas residuales, transporte público frecuente y al alcance, fuentes de energía eficientes o económicamente accesibles para cocinar o calentar agua. Y, aunque individualmente puedan adquirir en algunos casos mejores condiciones –como tener cocina con gas de garrafa o disponer de dinero para tomar un remís–, la reproducción de la vida en el periurbano es hostil. Las distancias que hay que recorrer –a veces en bicicleta– para conseguir una garrafa, así como el hecho de tener que esperar mucho tiempo a un remís que quizás no venga, son situaciones que evidencian la precariedad en la que viven. También dan cuenta del desgaste físico corporal que insume realizar estas tareas, el cual se suma al que demandan las tareas hortícolas en la producción. Caminar o pedalear grandes distancias cargando a les niñes, lavar a mano, cocinar en posiciones incómodas, acarrear peso, todo ello sobrecarga el cuerpo de estas mujeres.

La carga mental que conlleva realizar las tareas de reproducción y cuidado es alta, ya sea para preparar la comida, organizar la movilidad, preparar a les niñes y llegar de manera puntual a la escuela. Así, la logística cotidiana y la superposición de las diferentes actividades de trabajo en la quinta, higiene personal y hogareña se suman además a la preocupación que genera no tener espacios de intimidad, o a la preocupación porque les niñes se enfermen por la falta de condiciones de higiene o confortabilidad para el aseo.

La realización de estas acciones es complicada y requiere grandes niveles de atención, ya sea para no olvidar ingredientes al cocinar, que

no se caiga la ropa en el piso al bañar a les niñas, trasladarse de un lugar a otro, utilizar fogones en el piso para cocinar. En este sentido, cada mujer desarrolla sus propias estrategias para lidiar con la escasez, en procura por resolver los problemas de la vida cotidiana aun en las carencias, ya sea improvisando un baño dentro del invernadero, o una ducha con una regadera.

La ausencia de condiciones básicas de higiene también repercute fuertemente sobre la vida de las mujeres, tanto al momento de transitar el ciclo menstrual, como durante la preparación de alimentos o el aseo personal. En este sentido, el Programa Conjunto OMS/UNICEF de Monitoreo del Abastecimiento de Agua y del Saneamiento ha incorporado indicadores para el seguimiento de las condiciones para la higiene menstrual, considerado un eje central para la mejora de la salud, el bienestar y la dignidad de mujeres y niñas. Contar con un espacio privado para cambiarse, desechar los materiales y lavarse las manos, el cuerpo y la ropa con jabón y agua son consideradas condiciones básicas (UNICEF y OMS, 2018), las cuales, como hemos visto, no se cumplen para las mujeres y niñas de familias horticultoras del periurbano.

La reproducción de la vida cotidiana está fuertemente influida por las condiciones climáticas en las diferentes estaciones del año, no solo en la actividad productiva –lo cual es lógico dado que se trata de una actividad primaria–, sino también en la rutina diaria. Aquí es necesario señalar que, si bien esta situación es compartida por las familias rurales en general, en el caso de estas familias periurbanas –no consideradas rurales por las estadísticas nacionales– son las condiciones de precariedad, relacionadas fuertemente con la falta de acceso a la propiedad de la tierra, las que potencian su dependencia del clima. Al mismo tiempo, la luz natural marca los ritmos de las tareas, ya que el interior de las casas es pequeño, y no se cuenta con una iluminación adecuada.

Nos interesa destacar en estas reflexiones que las tareas reproductivas y de cuidado que realizan las mujeres son las que permiten sostener el desarrollo de las actividades productivas, de las que además

son mano de obra familiar fundamental. La intensidad que demanda la actividad hortícola –a la que los varones dedican todo su tiempo de trabajo– puede sostenerse gracias a que las mujeres garantizan las cuestiones básicas de reproducción de la vida.

Por último, nos interesa destacar que la organización de las mujeres en espacios propios de género comienza a gestar cambios, en la medida en que sus voces son oídas, y ya se reclaman políticas públicas y atención del Estado. A su vez, su propia organización las empodera en nuevos roles. Esto produce iniciativas colectivas para paliar las consecuencias negativas de las condiciones precarias en que viven, como la formación de promotoras de salud y promotoras de género que ayuden a enfrentar la violencia patriarcal a las que son sometidas. En este escrito quisimos traer sus voces para evidenciar que, si la deuda con las mujeres y disidencias sexogenéricas aún sigue siendo grande, con ellas es aún mayor. Esto marca nuestro compromiso con su causa y nos encuentra en un abrazo sororo y feminista.

Referencias bibliográficas

- Achilli, E. (2005). *Investigar en Antropología social. Los desafíos de transmitir un oficio*. Santa Fe: Laborde Editor.
- Agencia Nacional de Seguridad Vial (2022). *Principales indicadores de la seguridad vial con perspectiva de género en Argentina*. Argentina: Ministerio de Transporte. https://www.argentina.gob.ar/sites/default/files/2022/04/ansv_principales_indicadores_seguridad_vial_genero.pdf
- Alarcón González, D. (2001). *Medición de las condiciones de vida. Documentos de trabajo del INDES*. Banco Interamericano de Desarrollo. <https://publications.iadb.org/publications/spanish/document/Medici%C3%B3n-de-las-Condiciones-de-Vida.pdf>
- Anderson, J. (2020). Cuidados multiculturales. En K. Batthyány (coord.), *Miradas latinoamericanas a los cuidados* (pp. 63-92). Ciudad Autónoma de Buenos Aires: CLACSO; México DF: Siglo XXI.

- Bartoli, B. (2021). *Cambios y continuidades en el consumo de alimentos de horticultores familiares de origen boliviano en La Plata, provincia de Buenos Aires (Argentina)* (Tesina de grado), Universidad Nacional de La Plata, Facultad de Ciencias Agrarias y Forestales, La Plata, Argentina.
- Batthyány, K. (Coord.). (2020). *Miradas latinoamericanas a los cuidados*. Ciudad Autónoma de Buenos Aires: CLACSO; México DF: Siglo XXI.
- Berardo, M. (2019). Más allá de la dicotomía rural-urbano. *Quid*, 16(11), 316-324.
- Bidaseca, K. (2010). *Perturbando el texto colonial. Los estudios (pos) coloniales en América Latina*. Buenos Aires: Edit. SB.
- Blanco, M., Alegre, S., y Jiménez, D. I. (2010). Reflexiones sobre las limitaciones conceptuales de la pobreza rural. *Trabajo y sociedad*, XIII(14), 1-17. http://www.scielo.org.ar/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S1514-68712010000100004&lng=es&tlng=es
- Calero, A., Dellavalle, R., y Zanino, C. (2015). *Uso del tiempo y economía del cuidado*. (Documento de Trabajo nro. 9). Argentina: Secretaría de Política Económica y Planificación del Desarrollo, Ministerio de Hacienda.
- Castelao Caruana, M. E., y Méndez, F. (2019). La pobreza energética desde una perspectiva de género en hogares urbanos de argentina. *SaberEs*, 11(2), 133-151.
- ECOWAS (2015). *Policy for Gender Mainstreaming in Energy Access*. Economic Community of West African States. https://www.afdb.org/fileadmin/uploads/afdb/Documents/Generic-Documents/ECOWAS_Policy_for_Gender_Mainstreaming_in_Energy_Access.pdf
- Errázuriz, P. (2011). ¿Es posible para las mujeres amor y trabajar? La segregación: denominador común de la diversidad. En M. L. Femenías y P. Soza Rossi (comps.), *Saberes situados/Teorías trashumantes* (pp. 142-161). La Plata: Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación., Universidad Nacional de La Plata.

- Esquivel, V., Faur, E., y Jelin, E. (eds.) (2012). *Las lógicas del cuidado infantil. Entre las familias, el Estado y el mercado*. Buenos Aires: IDES.
- Falú, A., Moncada, A., y Ponce, A. (1998). *Género, hábitat y vivienda. propuestas y programas* (Cuaderno de Trabajo). Ecuador: Consejo Nacional de las Mujeres.
- Federici, S. (2018). *El patriarcado del salario. Criticas feministas al marxismo*. CABA: Tinta Limón ediciones.
- Femenías, M. L., y Soza Rossi, P. (2012). La esperanza de Pandora: del tiempo de los filósofos al tiempo de las mujeres. En A. Domínguez Mon, A. M. M. Diz, P. Schwarz y M. Camejo (comps.), *Usos del tiempo, temporalidades y géneros en contextos*. Buenos Aires: Antropofagia.
- Franco Patiño, S. (2010). La alimentación familiar: una expresión del cuidado no remunerado. *Prácticas de oficio*, (6), 1-8.
- Ginés, M. E. (2007). División sexual del trabajo. En S. B. Gamba (coord.), *Diccionario de estudios de género y feminismos* (pp. 101-104). Buenos Aires: Biblos.
- Gracia Arnaiz, M. (2014). Alimentación, trabajo y género. De cocinas, cocineras y otras tareas domésticas. *Panorama Social*, (19), 25-36.
- Guerrero, G. N., Ramacciotti, K. I., y Zangaro, M. (comps.) (2019). *Los derroteros del cuidado*. Bernal, Argentina: Universidad Nacional de Quilmes. <http://ridaa.unq.edu.ar/handle/20.500.11807/1025>
- Herrera, M. G., Gómez C., Córdoba, J., y Muscio, L. (2019). *Informe agroclimático y registro de daños causados por temporal del 22 de febrero 2019*. Buenos Aires: INTA. https://inta.gov.ar/sites/default/files/inta_informe_agroclimatico_y_registro_de_danos_causados_por_temporal.docx
- INDEC-EPH (2014). *Diseño de registros y estructura de las bases de microdatos. Hogar e Individual*. https://www.indec.gov.ar/ftp/cuadros/menusuperior/eph/EPH_diseno_reg_t414.pdf

- INDEC-EPH (2021). *Condiciones de vida*. 5(6). https://www.indec.gov.ar/uploads/informesdeprensa/eph_indicadores_hogares_05_211885439BED.pdf
- Insaurralde Martínez, N., Lemmi González, L., Lemmi González, S., Remorino Friga, N., y Velazco Barbiero, R. R. (2019). *Feminismos en ronda. Diálogos para mirarnos hacia adentro de la piel*. Buenos Aires: El Bosque. <https://editorialbosque.wordpress.com/2019/03/06/trabajos-realizados/>
- Insaurralde, N., y Lemmi, S. (julio, 2019). *Pluriversos familiares, maternidad y niñeces de la economía popular (La Plata, Prov. de Bs. As; Argentina)*. Ponencia presentada en XIV Jornadas Nacionales de Historia de las Mujeres y IX Congreso Iberoamericano de Estudios de Género. Mar del Plata, Argentina.
- Insaurralde, N., y Lemmi, S. (2020). Cuerpos productivos, cuerpos reproductivos. El caso de las mujeres productoras de hortalizas del Gran La Plata (2017). En F. González Maraschio y F. Villarreal (comps.), *La agricultura familiar entre lo rural y lo urbano* (pp. 107-130). Buenos Aires: EdUNLu.
- Lemmi, S., y García, M. (2017). Cambios y continuidades en la estructura hortícola de La Plata (Buenos Aires) en los últimos 30 años. En G. Banzato, G. Blanco y J. Perren (comps.), *Expansión de la frontera productiva y estructura agraria argentina, siglos XIX-XXI* (pp. 321-357). Buenos Aires: Prometeo-Asociación Argentina de Historia Económica.
- Lemmi, S., y Waisman, M. A. (2021). Trayectorias migrantes, movilidad social y recambio étnico nacional en la horticultura (La Plata, Argentina, Siglo XX-XXI). *Anuario del Instituto de Historia Argentina*, 21(2). <https://doi.org/10.24215/2314257Xe145>
- Mascheroni Laport, P. (2021). Ruralidad, cuidados y políticas públicas. Reflexiones a partir del caso de Uruguay. *Revista de Ciencias Sociales*, 34(49), 35-62.
- Merchán, A. G. (2016). *Valorización de la tierra en el Cinturón*

- Hortícola Platense. Disparidad en el valor de los arrendamientos* (Tesis de maestría). Universidad Nacional de La Plata, Facultad de Ciencias Agrarias y Forestales, La Plata, Argentina.
- Merlino, A., Martínez, A., y Escanés, G. (2011). Representaciones sociales de la masculinidad y agresividad en el tránsito. La ira al conducir en Argentina. *Barbarói*, (35), 199-217. <https://doi.org/10.17058/barbaroi.v0i0.1906>
- Moretto, O., Galina Rubinstein, A., y Nieto, M. J. (2020). Educación popular en tiempo de aislamiento social: reflexiones a partir de una experiencia educativa con jóvenes y adultos migrantes en el rurbano platense. En L. Beltramino (comp.), *Aprendizajes y prácticas educativas en las actuales condiciones de época: COVID-19* (pp. 287-292). Córdoba: Edit. UNC.
- Musante, F. (2020). ¿Cómo es posible que una toma de tierras se convierta en un barrio popular planificado? Condiciones y actores intervinientes en un caso de la periferia de la Ciudad de La Plata. *Ciudadanías*, (4). <http://revistas.untref.edu.ar/index.php/ciudadanias/article/view/502>
- Rivera Cusicanqui, S. (1997). La noción de “derecho” o las paradojas de la modernidad postcolonial: indígenas y mujeres en Bolivia. *Temas Sociales*, (19), 27-52. <http://www.scielo.org.bo/pdf/rts/n19/n19a02.pdf>
- Rockwell, E. (2009). *La experiencia Etnográfica. Historia y cultura en los procesos educativos*. México: Paidós.
- Shokida N., Serpa D., Domenech L., Moure J., Fernández Erlauer M., Espiñeira L. ... Lee, J. (2021). Las trabajadoras de servicio doméstico en Argentina. *Ecofeminita/EcoFemiData: informes ecofemidata*. Zenodo. <http://doi.org/10.5281/zenodo.4540185>
- Spivak, G. Ch. (2002). ¿Puede la subalterna hablar? *Asparkía*, (13), 207-214. <https://www.e-revistas.uji.es/index.php/asparkia/article/view/871/781>

- UNICEF y OMS (2018). *Preguntas principales sobre agua, saneamiento e higiene para uso en encuestas de hogares: actualización de 2018*. Nueva York.
- Ventura, V. (2020). Juntarse para alejarse y reproducir la clase. Estrategias residenciales de las clases medias en los márgenes asignados por el mercado. El caso de la población beneficiaria del plan PROCREAR en la ciudad de La Plata (2013-2015), Argentina. *Investigaciones Geográficas*, (60), 83-100. <https://doi.org/10.5354/0719-5370.2020.58679>
- Viteri, M. L.; Ghezán, G.; Iglesias, D. (2013). *Tomate y Lechuga: Producción, comercialización y consumo en la Argentina*. Buenos Aires: INTA.